

HARO TECLEN

TEORIA DE LAS DOS CONJURAS

¿Qué pasa en el mundo? Hay una conjura, responden muchas mentalidades medias. Conjura, conjurar, conjuro son términos que están a medio camino entre la política y la magia. El solo hecho de que una gran parte de la humanidad los aplique para definir la situación que atravesamos indica una pérdida de razón: una alienación. Se sabe que hay una zona oscura de la política que a veces aflora a la superficie, enteramente o en parte, con algún suceso violento: un asesinato, un rapto, un golpe de estado. O en las memorias o en las confesiones de un espía. Una literatura popular contribuye notablemente a la creación de ese estado de ánimo. Se cree y no se cree, al mismo tiempo, en James Bond y las «organizaciones del mal», supranacionales, que combate. De los sectores políticos establecidos surge a veces el aliento a creer en esa conjura contraria. Es «tenebrosa», luego sus verdaderos motivos no los puede aclarar porque son contrarios al interés general; es «internacional», lo cual deja el sedimento de que va contra los intereses del grupo nacional que la sufre; es «dictatorial» y quiere acabar con las libertades. Pero, ¿qué conjura es ésta? Se dibujan dos, según el campo en que esté situado el denunciante. La de la izquierda, la de la derecha.

Resulta que, al mismo tiempo, hay disturbios en todo el mundo: raciales, sindicales, estudiantiles, juveniles. Se repudia su espontaneidad. El espontaneísmo en las revoluciones es un antiguo tema de discusión teórica. Está, generalmente, repudiado. Lenin: «El desarrollo espontáneo del pensamiento obrero consigue precisamente subordinarlo a la ideología burguesa». «El aplastamiento de la consciencia por la espontaneidad se realiza igualmente de manera espontánea»; Stalin: «La teoría de la espontaneidad es la teoría del oportunismo». Para la derecha en el poder, la interpretación no ofrece dudas. Puesto que le es imposible admitir que quienes se alzan en contra tienen razones para hacerlo, tiene que acudir a la versión de que «el honrado pueblo ha sido engañado», de que «una mano», que suele ser «invisible», le agita. En las jornadas de Francia hemos visto coincidir las dos acusaciones, la del poder y la del partido comunista, contra el espontaneísmo de los estudiantes: los dos le acusaron de estar «teledirigido» por una «organización internacional». De Gaulle ha sido concreto al calificarle de «empresa comunista dictatorial». ¿De qué comunismo? Las peores jornadas de mayo las pasó De Gaulle en un país comunista, Rumania, brindando con sus dirigentes. Su apertura hacia el Este es lo suficientemente famosa como para que no pueda ahora pronunciar el ensalmo mágico que tanto le hubiese ayudado, la acusación contra la URSS. La situación política mundial no se presta a ello. Kiesinger tiene más suerte: puede acusar a Alemania del Este y, sin ninguna duda, a Moscú. ¿Iba a acusar De Gaulle a China? No le es fácilmente posible: él ha sido quien quitó la Embajada de la Avenida de Jorge V a los chinos de Chiang Kai Chek para dársela a los de Mao; él fue quien envió a Malraux a China, y su ministro Malraux cuenta casi con devoción en sus «Antimemorias» la entrevista con el Presidente Mao Tse Tung. Sin embargo, el «chilismo» ha quedado flotando. Tito, tan mesurado y tan humilde para con sus estudiantes en revuelta, no ha vacilado en acusar «algunas infiltraciones maoístas». Moscú está advirtiendo continuamente contra ellas, y Washington también. La conjura

toma rostro, y es un rostro amarillo. La conjura, entonces, viene de Pekín. Tiene un terreno abonado por viejas leyendas y mitos, desde Gengis Khan a la decadencia de Occidente, desde el «peligro amarillo», de que habló un Kaiser, hasta la «decadencia de Occidente», hasta las novelas de «Fu Man Chu» y los «comics» americanos, donde el malo tiene siempre el rostro amarillo; desde el «tormento chino» hasta el «despotismo asiático». El enemigo imaginario queda dibujado. Solamente que no es posible imaginar que Pekín tenga un «superpoder» que consiga levantar al mismo tiempo diez millones de huelguistas en Francia, alimentar el «poder negro», las guerrillas americanas, los «desviacionismos» en los países comunistas, la guerra del Vietnam, los movimientos en el África negra, los estudiantes de todo el mundo. Sobre todo, cuando se sabe que China ha sido, en realidad, el primer país conmovido por un levantamiento de la juventud contra el sistema y aún no ha recuperado el equilibrio tras el terrible esfuerzo que ha hecho para digerirlo.

La «otra» conjura, la que se ve venir la izquierda, es la de un nuevo fascismo internacional. De Gaulle ha contribuido notablemente a esta idea al reagrupar en torno suyo fuerzas sospechosas, con la desesperación de quien se agarra a un clavo ardiendo. Ha respondido instintivamente a la amenaza con la creación que los sociólogos llaman «la sociedad inversa»: es decir, la imagen de una sociedad cuyas motivaciones son totalmente opuestas a aquellas de la sociedad que protesta. La reaparición del pequeño y rabioso Bidault ha contribuido notablemente a la idea de la conjura. Establecería esta tesis la existencia de un centro nazi en Alemania Federal: Kiesinger, antiguo nazi, y el Presidente Luebecke, arquitecto de campos de concentración hitlerianos, estarían a la cabeza de la maniobra. En el trasfondo, algunos generales alemanes. Su intención sería la de acusar directamente a la URSS. Azuzados por los grupos nazis que operan al descubierto —el NPD alemán, el movimiento Occidente francés, los neofascistas italianos—, los estudiantes, víctimas de la provocación, comienzan movimientos que autorizan la toma de medidas de urgencia. Massu, el general paracaidista de Argelia, con sede hoy en Alemania, estaría de acuerdo con los nazis alemanes. El 29 de mayo amenazó a De Gaulle con lanzar sus tanques sobre Francia si él mismo no tomaba medidas energéticas y si no cambiaba su política exterior. De ahí la acusación al comunismo, repetida hasta la saciedad por todos los portavoces del general De Gaulle; de ahí el cambio de Couve de Murville por Debré, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, de forma que al terminar las elecciones Francia pueda mostrar una nueva hostilidad a la URSS —y, desde luego, a China—. ¿Y los Estados Unidos? Los generales americanos en Alemania Federal están de acuerdo con esta política, si es que no la inspiran. Tratan de inclinar su país, de nuevo, a la guerra fría. En esta conjura nazi estarían incluidos los asesinos de Robert Kennedy, los de Martín Lutero King y quién sabe si, más lejos, los de John F. Kennedy. Idea final: la reconstrucción del «Bloque Atlántico» sobre bases ideológicas concretas. La izquierda italiana y la turca empiezan a sospechar que, desde Grecia, con la dictadura de Patakos bien ayudada por esta conjura, comienza a extenderse una organización que trata de reconvertir a los países vecinos. Los movimientos de estudiantes en Italia y Turquía, las crisis políticas de las dos naciones, serían ya un estadio avanzado de la nueva situación.